



---

## “Los viejos de la guerra”

La actualidad una vez más es la encargada de dictar los párrafos de esta tribuna, alejada abismalmente del habitual mensaje científico o de reflexión profesional que nos propusimos debiera abrir cada edición de *Gerokomos*.

Desgraciadas líneas forjadas en el eco de explosiones de dolor, de huida, de miedo, de silencios.

Son fantasmas, sollozos, silencios de una guerra, de esta última guerra que estamos presenciando apenas distante unos pasos de nuestra imperturbable civilización. Y digo presenciar, y no vivir una guerra. Son las imágenes que nos llegan vía satélite disfrazadas de ficción las que nos trasladan a un escenario irreal que intenta alterar nuestra ordenada sociedad al cierre de este siglo.

Esos espectros de guerra, capítulo a capítulo, que nos brindan los medios de comunicación, se han apoderado de la tinta de estas líneas. No son actores maquillados, son ciudadanos de un mundo muy cercano, los que sufren la saña de los más fieros horrores, los de una guerra, antes callada, desde hace semanas aireada y alimentada por toda la comunidad europea.

Cierto es que las lágrimas y el terror no tienen edad pero, una vez más, esta extraña fijación que envuelve a este medio, han hecho detener mi retina de entre los macabros cuadros del éxodo kosovar o de los campamentos de refugiados con los que estos días nos despertamos y acostamos, más que en otros, en los viejos de la guerra.

Todas las caravanas de huida se me antojan abanderadas por el pausado caminar de los más mayores de una familia o poblado, en muchas ocasiones únicos responsables de un grupo formado además por niños y mujeres jóvenes. Viejos de todas las edades encargados de proteger y conducir al resto bajo el constante acoso de una muerte que no entiende de edad.

Viejos de la guerra que vuelven la espalda a la tierra que les vio nacer, a su casa, a sus fuentes de vida, a su pasado, a su futuro y parten camino de ningún lado. Sólo huyen de la estela de muerte y destrucción que en sus pueblos ha irrumpido, segado la vida de muchos de sus hijos más jóvenes o precipitado a una lucha clandestina contra unas fuerzas embriagadas por el fanatismo y el odio.

Viejos de la guerra que morirán fuera de su patria. Viejos de la guerra que no podrán soportar unas condiciones de vida difíciles en los saturados campos de refugiados. Viejos de la guerra que no vuelven la vista atrás por si en esa última mirada descubrieran más cadáveres de toda una vida. Viejos de la guerra, que habrán de sacar fuerzas de fla-



queza para hacerse cargo de otros aún más desvalidos. Viejos de la guerra que tendrán la misión de sembrar en el corazón de sus herederos un futuro sin rencor, del cual seguramente no serán testigos.

Viejos de la guerra y enfermos por la guerra. Ancianos frágiles que no pueden derramar más lágrimas por lo que han dejado, que es todo, porque necesitan esas escasas fuerzas para conducir a sus protegidos hacia la paz.

Viejos de la guerra, cuya experiencia no sirve para huir más rápido por el sendero más corto. Viejos de la guerra que para estrategas y soldados no constan. Viejos de la guerra que se hacen transparentes al mundo frente a la imagen de los niños y los jóvenes de la guerra. Viejos de la guerra fatigados por intentar encontrar respuesta a tantos porqués.

A todos los afectados por este nuevo horror y, especialmente a esos viejos de la guerra, queremos desde el seno de los "Enfermeros de la Vejez" mostrar nuestra solidaridad.

Afortunadamente nadie ha tenido que enseñarnos a "cuidar" de estos "viejos de la guerra". La sensibilidad nos ha permitido hallar este mensaje entre sus rostros.

**J. Javier Soldevilla Agreda**  
Presidente SEEGG